

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Al decir esto, hasta el borde
Del parapeto se acerca;
Y ergue noble y majestuosa
La frente altiva y serena;
Tiende al espacio la vista;
Su pupila centellea. . . .
Se arroja desde la altura,
Y el pueblo enmudece y tiembla.



TLAHUICOLE.

A MANUEL DOMINGUEZ ELIZALDE.

ROMANCE I

EL PRISIONERO.

Tenuchtitlan y Tlaxcalan
En contínuas disensiones,
Enrojecen con su sangre
Selvas, llanuras y montes.

Años tras años de encono,
De contiendas y de horrores,
De entrambos pueblos acrecen
El odio en sus almas torpes;

La plácida bienandanza
De alegre paz desconocen,
Y á su lisonjero halago
Las conveniencias oponen.

Que el afan de procurarse
Victimas para sus dioses,
Hace que la guerra insana
Sin término se prolongue;

Pues el que en la lucha cae
O al enemigo se acoge,
Es al fin sacrificado
Por bárbaros sacerdotes.



Los Huexotzingos unidos
A las aztecas legiones,
Y los bravos Otomites
De Tlaxcalan defensores,

En medio del campo un dia
Se encuentran, se reconocen,
Y de ira implacable llenos
Al combate se disponen.

El sol, coronando al mundo
Con ardientes resplandores,
Baña de fértil llanura
Los extensos horizontes;

Y de un extremo y del otro
Partiendo los campeones,
Se arremeten como fieras
En brusco y terrible choque.

Gefe de los Otomites
Es el bravo Tlahuicole,
El general tlaxcalteca
De mas brío y de mas nombre.

El macuahuitl que fulmina
Su fuerte brazo, es disforme,
Tanto, que apenas con ambos
Puede sostenerlo un hombre.

De alta prosapia en su pecho
Se agita su sangre noble,
Que abonan mas que su estirpe
Sus generosas acciones.

Fiero, cual siempre, á las huestes
De los huexotzingos corre. . . .
¡Ay, de aquellos que á su paso,
Desventurados, se oponen!

Hiere, destroza, y do quiera
Las compactas filas rompe
Del enemigo, y llevado
De un furor, al cual no pone
Coto ni medida, al cabo
De los suyos alejose,
De la prudencia olvidando
Las saludables lecciones;
Y en un pantano se hunde,
Do con movimientos torpes,
Apenas para salvarle
Bastan sus fuerzas enormes.

Ya los contrarios le cercan,
Aprehenderlo se proponen,
En los otomites cunde
La confusion, el desorden;

Al mirarse sin su gefe
El temor les sobrecoge,
Y como guerrera escuadra
En medio del mar salobre,

Juguete va de las olas
Y furiosos aquilones,
A destrozarse en las peñas
Sin guía, rumbo ni norte,

Así desbandados huyen
En distintas direcciones,
Y su completa derrota
Van á ocultar á los montes.

El general tlaxcalteca
Defiende su vida entonces,
Lo mismo que se defienden
En su cueva los leones;

Y al número al fin cediendo,
Lleno de heridas, rindióse;
Y de ira ciego la muerte,
Por favor, pidiendo á voces.



En una jaula anchurosa,
De formidables barrotes
De madera, reforzados
Con toscas planchas de bronce,

Sujeto de piés y manos
Al bravo caudillo ponen,
Y cautelosos le encierran
Como á los tigres feroces.

Dando gritos de alborozo
Le cercan de escolta doble,
De la cual al frente se hallan
Algunos guerreros nobles.

Y mientras tanto, serena,
Tiende sus velos la noche,
Y como una madre ciñe
Entre sus brazos al orbe.

A Tenuchtitlan la grande
Se dirigen, en buen orden,
Por extraviados senderos,
Cautivo, escolta y señores.



En una tarde apacible,
Los alegres callejones
De una huerta floridosa
De fuentes llena y primores,

Moteuczoma, el rey altivo
De Tenuchitlau, recorre
Acompañado de algunos
De sus mas diestros bufones,

Que con chistes le solazan,
Y hacen que un punto se ahoguen
En el olvido, las penas
De sus ocultos dolores.

Empero, en breve le saca
De tan dulces distracciones,
La nueva de que han llegado
Al palacio embajadores;

Que á un enemigo le traen
Que por sus hechos conoce,
Para que juzgue y sentencie
Como quiera y se le antoje.

Llega á su presencia el reo
Con altivo y digno porte,
Y su gentil continente
La atencion augusta absorbe.

El rey sereno le mira,
Y en su rostro dibujóse
El placer y una sonrisa
Que mal sus labios esconden.

Y en el cautivo fijando
Sus ojos, como carbones
Negros, decirle estas frases
Los circuntantes le oyen:

«Hasta mi oído ha llegado,
Valeroso Tlahuicole,
La fama de tus proezas
Y el prestigio de tu nombre;
Y pues tus hechos admiran
Cuantos tu valor conocen,
Justo es que yo te releve
Del castigo, y te perdone.

Eres libre, libre puedes
Volver á tus pátrios bosques,
Y que en medio de los tuyos
Recuperes tus honores.»

El general tlaxcalteca
Que con grande asombro oyóle,
Serenándose un momento,
De este modo le responde:

«Grande señor, yo agradezco
El bien que tú me propones;
Mas permite que rehuse,
Y esto á ultraje no lo tomes;

Pues el que acepta sereno
De su enemigo favores,
Se envilece y se degrada,
Y es fuerza que se deshonre.

Quiero morir con los míos,
Que aun están en tus prisiones,
En honor de mi república
Y para honor de los dioses.»

Calla el general, y todos
Los circuntantes le oyen
Con asombro; Moteuczoma
Su dignidad reconoce,

Y en mas, con esto, lo estima
Y por lo tanto, da órden
De que en su mismo palacio,
Cual lo merece, le alojen.

Y adularlo determina,
Y halagarlo se propone,
Y conquistar el cariño
De una alma tan grande y noble.

